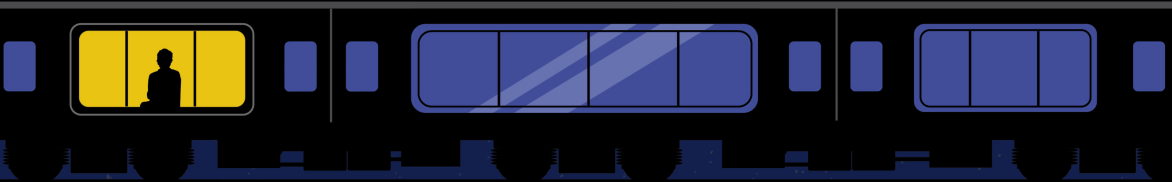


Un viaje que cambia la vida. Un amor imparabile.



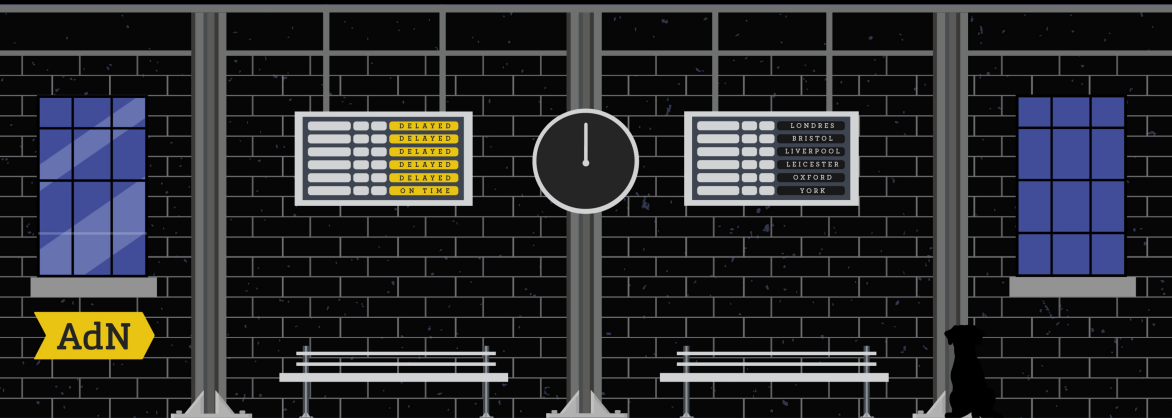
MATT HAIG



EL TREN



DE LA MEDIANOCHE



DELAYED
DELAYED
DELAYED
DELAYED
ON TIME

LONDON
BRISTOL
LIVERPOOL
LEICESTER
OXFORD
YORK

Matt Haig

**EL TREN
DE LA MEDIANOCHE**

Traducido del inglés
por Teresa Lanero Ladrón de Guevara

AdN

Título original: *The Midnight Train*

Publicado por acuerdo con Canongate Books,
Ltd, 14 High Street, Edimburgh, EH1 1TE

Primera edición: agosto de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Matt Haig, 2026

© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-49-1

Depósito legal: M. 6370-2026

Printed in Spain

Para Andrea.

«¡Ningún arrepentimiento puede enmendar
una oportunidad perdida en la vida!».

Cuento de Navidad

CHARLES DICKENS

Luna de miel

Mientras el taxi acuático surcaba la laguna a toda velocidad, los dos jóvenes recién casados miraban al frente llenos de asombro.

Wilbur le apretó la mano a Maggie y se inclinó hacia ella, ambos sentados al final del barquito. Frente a ellos, el sol rutilante sobre el agua.

—Te quiero, señor Budd —dijo ella; unas palabras tan naturales como respirar.

—Yo también te quiero, señora Budd.

Maggie se rio, con una risa suave, de lo gracioso y oficial que sonaba.

Agarrados de la mano en aquel barco que se zarandeaba hacia el centro de la ciudad, entrelazaron los dedos como raíces enmarañadas. El 9 de agosto de 1974.

Wilbur apartó la vista del paisaje que se extendía frente a ellos para mirar a la persona que conocía desde pequeño.

—Siempre vamos a estar así, ¿verdad? —le preguntó Maggie.

Él sonrió de un modo alentador.

—Pues claro. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

Se besaron mientras la laguna se fundía con el Gran Canal.

—No sé. El tiempo cambia las cosas.

—Pero mira Venecia. Lleva cientos de años sin cambiar. Podríamos estar perfectamente en 1574, en vez de en 1974.

Ella miró hacia la ciudad.

—Sí. Ignoremos el paso del tiempo. Seamos Venecia.

Él la contempló mientras ella levantaba la cámara Pentax, regalo de bodas de su padre, y apuntaba hacia el Palacio Ducal, con su fachada de piedra rosa y blanca y sus intrincados arcos, justo por encima de la laguna, como un delirio febril bizantino.

—Para siempre —añadió Wilbur entre risas.

Ella le pasó la mano por el pelo alborotado, que había alcanzado casi la máxima longitud que tendría nunca.

—Para siempre jamás...

El barco redujo la marcha.

—Ahí está —dijo el barquero mientras señalaba hacia un edificio de terracota, bonito aunque algo destartado—. El Hotel Proserpina.

Wilbur y Maggie nunca habían estado en el extranjero, y la imagen les pareció exótica y prometedora. Y ninguno de ellos, en ese momento, vio la figura que los observaba desde la orilla, alguien tan parecido al propio Wilbur que habría sido imposible diferenciarlos.

Una hora más tarde estaban sentados a la sombra, en un cómodo silencio, tomando vino en un café junto al Gran Canal y observando cómo cobraba vida la ciudad.

Wilbur llevaba las mismas sandalias, los mismos pantalones acampanados y la misma camisa de manga corta verde con grandes cuellos que se había puesto para viajar en avión, y Maggie lucía un mono naranja. Él le dijo que parecía una estrella de cine y ella le contestó que era un exagerado, aunque sonrió igualmente.

Un *vaporetto* cargado de turistas pasó resoplando por delante de ellos. Maggie comenzó a recordar detalles de la boda.

—Nunca había visto a tu madre tan contenta —dijo—. No mencionó a... —Se quedó callada; no quería echar a perder el momento.

—¿A Dougie? Ya, no lo mencionó. No había visto así a mamá desde que pasó aquello. Creo que la ginebra ayudó. Tu padre también...

—Mírate —dijo Maggie, sonriendo bajo el resplandor del sol.

—¿Qué me pasa?

—Aquí sentado, como un emperador.

—Estoy feliz.

—Como debe ser. Es tu luna de miel.

Wilbur notó que ella lo estudiaba un poco más de cerca.

—¿No estás pensando en la tienda?

Él sacudió la cabeza.

—La verdad es que no —mintió. O mintió a medias—. Ahora mismo no. Solo pensaba en ti. Y es un pensamiento bastante entretenido...

En ese momento, aquella alegría no era extraordinaria. Manaba como un riachuelo entre los dedos abiertos y ambos imaginaban que siempre sería así, que el riachuelo nunca se secaría. Que fluiría sin cesar y jamás tendrían que preocuparse de cuál era su fuente. Que nunca tendrían que esforzarse por recoger sus aguas y beber de ellas, como si la vida fuera una luna de miel eterna.

Tras el vino, dieron un paseo hacia la iglesia de San Giovanni Elemosinario. Maggie, alegre, se puso a cantar un fragmento de su canción favorita, *Bridge Over Troubled Water*, cuando divisaron el puente de Rialto a lo lejos.

Se cruzaron con varias parejas italianas elegantes. Camisas abiertas y vestidos glamurosos. Un músico callejero que tocaba el acordeón. Un anciano norteamericano que fumaba en pipa y hablaba de jazz con su compañero.

—Es tan distinto... ¿Verdad? —observó Maggie.

Levantó la vista y miró a su alrededor, para absorber los colores. Terracota y rosa, una pizca de amarillo, las contraventanas azules, todo parecía bañado en miel bajo la luz del sol.

—¿Tan distinto de qué?

—De todo lo que conocemos.

Él se echó a reír. Nunca había sentido tantísima felicidad. Era más feliz de lo que jamás imaginó durante los días aciagos. Paseando junto al canal, contemplando a la mujer a la que adoraba.

Se volvió hacia Maggie, que sonreía de oreja a oreja, llena de vida. Su rostro era tan franco y puro como cuando la conoció. Igual que toda ella. Tan dura como el acero de Sheffield y tan cálida como el sol. Estaba cautivado. Maggie era capaz de hacerle olvidar temporalmente las heridas del pasado y él esperaba hacer lo mismo por ella. Su intención no había sido enamorarse, ni de ella ni de nadie. El amor era algo peligroso, pero ahora que había sucedido, estaba agradecido. Con ella se sentía completo, como una pregunta que había encontrado su respuesta.

Wilbur detuvo a Maggie para besarla cuando estaban a punto de subir los escalones del puente de Rialto.

—Nos podríamos mudar aquí —dijo él. Luego, unos minutos más tarde, al pasar por delante de un puesto de libros que había en el puente, añadió—: Podría vender la tienda.

Bromeaba. Después de todo, acababan de llegar. Aunque en parte lo decía en serio. Porque conectaba con algo libre y espontáneo en su interior.

—¿A qué nos dedicaríamos? —preguntó Maggie, entregada a la fantasía.

—Tú podrías ser artista... o hacer de guía turística.

—Y tú podrías instalar un puestecito como ese del puente.

Fue entonces cuando Wilbur oyó el susurro. Algo cerca de su oído. Un aliento frío.

«Tienes que quedarte con esto».

El susurro hizo que Wilbur se sacudiera la oreja con la mano.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó Maggie.

—Ah, sí. Sería un mosquito.

Y no le dio más vueltas. A veces los pensamientos sonaban en alto. Solo era eso.

Agarró la mano de Maggie y se la apretó. Se sentía algo mareado y desconcertado por la gente y el calor, pero seguía más feliz que nunca.

Continuaron paseando, pero algo captó de repente la atención de Wilbur. Algo imposible de obviar. Maggie le lanzó una breve mirada

de preocupación. Tal vez creía que estaba pensando en su hermano. Pero no. Delante de ellos, bajo el pórtico, junto a un puesto que vendía esculturas de cristal, había una imagen tan insólita que llenó a Wilbur de pavor.

Un hombre, casi imperceptible en el aire. No era transparente, pero tampoco estaba del todo allí. El mismo hombre que los había observado cuando llegaron, solo que esta vez no pasó desapercibido. Un hombre que guardaba un asombroso parecido con Wilbur. Un *doppelgänger*. Las mismas sandalias, los mismos pantalones de campana, la misma camisa verde de manga corta con grandes cuellos. El pelo alborotado y las patillas largas. El mismo porte flaco de un metro ochenta y cinco. El Wilbur de veintinueve años de aquel agosto de 1974. El mismo que tenía el mundo en sus manos.

Ese otro Wilbur pareció darse cuenta de que lo había visto, así que saludó, como la cosa más normal del mundo. Wilbur levantó la mano levemente.

—Wilbur, ¿estás bien? —preguntó Maggie, preocupada.

No quiso alarmarla. Sacudió la cabeza.

—Sí. Es solo que el calor me ha trastocado un poco.

—Vamos, chaval —dijo ella, exagerando su acento del norte de Inglaterra—. Lo que necesitas es una buena iglesia tenebrosa y un poco de Tiziano con el que embobarte.

Él se echó a reír. Pero mientras avanzaba por la rampa, oyó algo más.

Un leve silbido, un traqueteo rítmico.

Casi como si un tren saliera de una estación.

Cincuenta y dos años después...

El hilo

Wilbur Budd murió alrededor de la medianoche, aunque le costaba recordar los detalles.

Había salido al camino de grava que conducía a su casa para despedirse de su profesora de piano.

—Gracias —dijo algo jadeante por el ir y venir dentro de la casa—. Que lo pases bien esta noche en Cambridge.

La profesora de piano abrió la puerta del coche que la esperaba fuera. Tenía cuarenta y tantos años, la mitad que él, pero ya parecía ver la vida con bastante claridad. La mujer sonrió bajo el sol del atardecer mientras el jardinero de Wilbur, montado en el cortacésped, se ocupaba de la hierba que se extendía hasta un bosquecillo silvestre. Un sábado de abril. El cielo era azul; la brisa, suave, y el canto de los pájaros se oía por encima del tráfico lejano. Uno de esos días luminosos y frescos que salpicaban de esperanza la primavera.

—Seguro que sí. Y gracias por la conversación. Recuerda lo que te digo siempre: no intentes correr mientras tocas. Tómate tu tiempo... Despacio y con buena letra. La velocidad vendrá después.

—Sí —dijo Wilbur—. Supongo que sí.

Se sentía un poco aturdido. Con el estómago algo revuelto.

Wilbur levantó un brazo débil, pulsó el mando para abrir la verja y dijo adiós con la mano mientras la profesora se marchaba por el camino rural. Después, recorrió la corta distancia que lo separaba de su casa.

Llevaba dos años recibiendo lecciones de piano, desde que vio un anuncio en el escaparate de una tienda de música. El médico le había hablado de la importancia de aprender cosas nuevas a sus ochenta y tantos años y él esperaba con ganas esa clase semanal.

Una vez dentro, caminó por el suelo de piedra del gran salón hasta el piano.

Volvió a sentirse raro. Esta vez notó una presión en el hombro izquierdo que enseguida remitió. Se sentó al piano y empezó a practicar la pieza sin olvidar que debía tomarse su tiempo.

La música tenía una forma incomparable de abrirse paso a través de las décadas. Una canción, después de todo, era una aguja que tiraba del hilo del tiempo, que cosía momentos dispares para formar una totalidad. Era agri dulce. La aguja podía pinchar. Y esa pieza contenía demasiados recuerdos. Aunque su vida era lo que era. Y tuvo la vida que tuvo.

Iba por la mitad de la pieza, intentando tocar un mi bemol con el meñique, cuando sonó el teléfono. La línea fija. Tardó un rato en llegar hasta el aparato. Sus piernas ya no eran las mismas. Nada lo era. Se preparó para la llamada de algún vendedor o para una de esas estafas de voces robóticas. Eran las únicas llamadas que recibía últimamente.

Pero no. No era un robot ni un timo. No tenía nada que ver con publicidad ni con inteligencia artificial.

—Hola, ¿está Wilbur?

Era una voz que llevaba mucho tiempo sin oír. Décadas, en realidad. Sonaba algo más suave. Algo más débil. Pero, sin duda, era ella.